



FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACION SOCIAL

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

MEMORIA DE

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Producción Literaria:

Título: “Bajo la alfombra”.

Tesista: Matías Andrés Villarreal

Legajo: 13452/0.

Directora: Dra. Marina Arias.

Co-directora: Lic. María Verona Demaestri.

Fecha de entrega: junio de 2020.

Resumen del trabajo:

“Bajo la alfombra” es un proyecto de libro de cuentos que indaga sobre las representaciones de sujetos sociales en situación de vulnerabilidad social. La literatura actúa como herramienta crítica y soporte fundamental para pensar cómo se configuran sus identidades e imaginar escenarios posibles que tiendan a indagar respecto a sus subjetividades y así, por qué no, crear nuevos sentidos. En la presente memoria se describen los puntos esenciales que formaron parte de la producción literaria. En ella se busca valorizar al uso de la ficción

en el campo de la comunicación, como insumo esencial que construye sentido sobre lo social.

Palabras clave:

Marginalidad

Ficción

Comunicación

Hegemonía

Identidad

La Plata, junio de 2020

Honorable Consejo Directivo

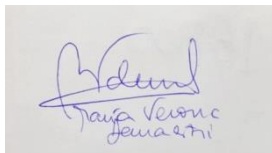
Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

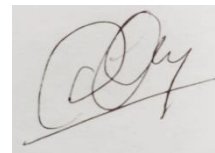
Nos dirigimos a ustedes en nuestro carácter de docentes de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, con el objeto de avalar la presentación del Trabajo Integrador Final (TIF) “Bajo la alfombra” de Matías Villarreal, el cual dirigimos.

Garantizamos que el TIF cumple con los requisitos correspondientes para finalizar los estudios de grado en Comunicación Social, dando cuenta de la integración de temas, problemáticas y prácticas desarrolladas en las diferentes áreas de formación de la carrera. El trabajo de producción literaria realizado por el estudiante demuestra un profundo trabajo de problematización sobre la ficción como forma comunicacional, en tanto producción de sentido sobre lo social. Así como también un sólido proceso de investigación cualitativo como soporte de sus contenidos que incluyeron un coherente desarrollo teórico-conceptual.

Por tales motivos, avalamos y consideramos ampliamente satisfactoria la presentación del TIF que aquí se adjunta. Sin otro particular, aprovechamos para enviarles un saludo cordial.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'M. Verónica Demaestri', with the full name written below it in a smaller font.

María Verónica Demaestri (Co-directora)

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Marina Arias', with a stylized flourish below it.

Marina Arias (Directora)

MEMORIA

“Bajo la alfombra”

Trabajo Integrador Final de producción literaria

Decisiones teórico metodológicas definidas en el proceso de producción comunicacional.

Villarreal, Matías Andrés

Legajo: 13452/0

Directora: Dra. Marina Arias.

Co-directora: Lic. María Verona Demaestri

Título:

“Bajo la alfombra” es el título de un Trabajo Integrador Final de producción literaria, un proyecto de libro de cuentos.

Descripción de la producción a desarrollar:

En una entrevista para *Tiempo Argentino* ocurrida en 1984, la periodista Mónica López Ocón le consultó a Ricardo Piglia cuál es la especificidad de la ficción. Dijo el escritor: “Su relación específica con la verdad. Me interesa trabajar esa zona indeterminada donde se cruzan la ficción y la verdad. Antes que nada porque no hay un campo propio de la ficción. De hecho, todo se puede ficcionalizar. La ficción trabaja con la creencia y en este sentido conduce a la ideología, a los modelos convencionales de realidad y por supuesto también a las convenciones que hacen verdadero (o ficticio) a un texto. La realidad está tejida de ficciones. (PIGLIA, Ricardo, 2001).

Partiendo de este concepto, el presente trabajo se propone indagar el rol fundamental de la comunicación como herramienta de poder que construye sentidos en el tejido social, enfocándonos especialmente en sectores vulnerables. Sus configuraciones, su identidad cultural, el modelo social e individual que debiera primar y el que no, según sugiere ese sentido común. Qué actores sociales tienen voz y cuáles quedan relegados y apartados de ese modelo social -junto a sus historias y dificultades- son algunos conceptos que se desprenden de ese modelo imperante. Al mismo tiempo, se intenta rescatar a la narrativa como otra herramienta que también pueda crear sentido, muchas veces corriendo el foco para visibilizar y darle voz a quienes no la tienen.

En esta dirección, Michel de Certeau y Luce Giard (1999) señalan que “los relatos constituyen instrumentos poderosos (...) hacen creer y hacen hacer: relatos de crímenes o de francachelas, relatos racistas y patrioteros, leyendas de calles, visiones fantásticas de los suburbios, puntadas o perversidades de la nota roja (...). Desde hace ya mucho tiempo, el poder político sabe producir relatos a su servicio. Los medios de comunicación lo han hecho mejor (...). Por las historias los lugares se tornan habitables. Habitar es narrativizar. Fomentar esta narra-tividad es, por tanto, rehabilitar. Hay que despertar las historias que duermen en las calles”. (CERTEAU de, Michel, Luce GIARD y Pierre MAYOL, 1999).

Relatos: ficción y realidad

Cuando pensamos en los relatos en términos de creación de sentido no sólo debemos pensar en clave literaria. Hay otras construcciones narrativas que se instalan cotidianamente en las sociedades con el fin de hacer prevalecer un sentido común, orientando el pensar y sentir colectivo que se naturalizan como “verdades”.

Dicho de otra manera, hay un relato dominante que resulta la norma, lo establecido e innegable que es aprehendido e incorporado como sentido común. Según Clifford Geertz, si el sentido común es más que nada una interpretación de las immediateces de la experiencia, una glosa de éstas, como lo son el mito, la pintura (...) entonces está, como ellos, construido históricamente y, como ellos, sujeto a pautas de juicios definidas históricamente. Puede cuestionarse, discutirse, afirmarse, desarrollarse, formalizarse, contemplarse e incluso enseñarse, y puede variar dramáticamente de un pueblo a otro. En suma, se trata de un sistema cultural, aunque por lo común no esté demasiado integrado, y descansa sobre la misma base en que lo hacen otros sistemas parecidos: la convicción de que su posesión se relaciona con su valor y validez. Aquí, como en cualquier otra parte, las cosas son lo que uno hace con ellas. (GEERTZ, Clifford, 1999).

Ahora bien, si nos apoyamos en el fundamento de que cada individuo es parte de una sociedad asumimos que es producto de esa sociedad. Esto es, ni más ni menos, que su historia, su cultura, su identidad, sus creencias y significaciones, más allá de sus experiencias individuales determinadas, en gran parte, por esa misma matriz cultural.

De esta manera, como parte del proceso que debe transitar cada individuo en su experiencia de socialización, lo hace aprendiendo las normas que circulan colectivamente, normas que no elige sino que le son impuestas por fuerzas imperantes y dominantes. En este sentido, Raymond Williams hace referencia al concepto de hegemonía, al subrayar que los hombres definen y configuran sus vidas no sólo por ellos mismos. “En toda sociedad verdadera existen ciertas desigualdades específicas en los medios, y por lo tanto en la capacidad para realizar este proceso. En una sociedad de clases existen fundamentalmente desigualdades entre las clases. En consecuencia, Gramsci introdujo el necesario reconocimiento de la dominación y la subordinación en lo que, no obstante, debe ser reconocido como un

proceso total”. La hegemonía, dice Williams, constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. (WILLIAMS, Raymond, 1997).

La ficción en la construcción identitaria

Resulta fundamental partir de la base de entender la comunicación como herramienta esencial para delinear rasgos identitarios y culturales de una sociedad. Como ya se ha mencionado, el presente Trabajo Integrador Final se propone pensar la narrativa como soporte comunicacional y en su valoración como herramienta que construye sentido sobre lo social. Como dice Piglia en la entrevista ya referida, “la literatura es un espacio fracturado donde circulan varias voces, que son sociales (...). La escritura de ficción se instala siempre en el futuro, trabaja con lo que todavía no es. Construye lo nuevo con los restos del presente”.

Ahora bien, ¿cómo se pone en movimiento un libro? ¿Qué recuerdos actualiza o desvía? ¿Cómo articula el titubeo y sella el destino? Todas estas cuestiones están atravesadas por la intención de producir en el lector aquello que Cortázar define como significatividad: una explosión dentro del relato que abre de par en par una realidad mucha más amplia; una especie de apertura, de fermento que proyecta la inteligencia y la sensibilidad hacia algo que va mucho más allá de la anécdota. (CORTÁZAR, Julio, 1970).

Respecto a la noción de narrador vale decir que es una construcción enunciativa. En él y en el universo que crea se traman motivaciones, condiciones materiales de existencia,

representaciones de poder, imaginarios sociales –es productora de sentidos- y discursos tramados en la memoria colectiva.

Siempre que narramos estamos construyendo un universo discursivo en donde se trama, a veces de forma más explícita que otras, nuestras concepciones respecto de cómo es y cómo creemos que debería ser el mundo y la sociedad que nos rodea.

En este sentido, toda producción literaria es social y por lo tanto está tramada con la cuestión de poder. La ficción no referencia a la realidad, pero sí cristaliza sentidos de lo social, y muchas veces hasta los anticipa.

¿Qué sentidos se construyen respecto a los sectores vulnerables?

El sociólogo Javier Auyero y la docente María Fernanda Berti, en el libro “La violencia en los márgenes”, publicado en 2013, hacen foco en la inseguridad para pensar lo hegemónico e investigar cómo es la trama entre el poder y la realidad de aquellos que se encuentran en situación de vulnerabilidad. Allí señalan que en Argentina, los sectores medios y medio-altos de la estructura social dominan el discurso sobre “inseguridad” y violencia urbana porque, supuestamente, serían los que más la sufren. Sin embargo, los que experimentan la victimización con mayor frecuencia son quienes están en lo más bajo del orden social y simbólico. Entonces, entre los más desposeídos, es donde encontramos la mayor cantidad de homicidios y heridos graves. A ellos, a los habitantes de los márgenes urbanos, no se los suele escuchar hablar públicamente de la inseguridad. Ellos la viven a diario, pero el discurso de la inseguridad pertenece a (es fabricado y manipulado por) otros. Así, la experiencia de la violencia interpersonal (y del miedo a ésta) entre los más pobres se vuelve algo indecible; y el trauma que se vive a diario en los territorios de relegación en los que

ellos habitan se torna en una experiencia negada. Entonces ¿dónde circula esa realidad? Si dicha experiencia no circula, carece de legitimidad. Si no circula y carece de legitimidad, es una realidad invisibilizada.

Pareciera entonces que el Estado es protagonista necesario para la existencia de acciones ilícitas dentro de una sociedad puesto que, más allá de los discursos oficiales que circulen y de políticas de prevención, se sostienen modelos macroeconómicas que tienden a la desigualdad, que privan el acceso a derechos fundamentales como la salud, la vivienda, la buena alimentación, la educación y el trabajo. Dicho de otra manera, la dinámica de la sociedad se rige por las normas que dicta el Estado, cuyo funcionamiento sugiere un control sobre los diversos sectores, entre ellos los más vulnerables, creando un orden necesario para quebrantar la ley, donde se ofrecen concesiones y negocios según el modelo económico, donde los más vulnerables se ven mayormente afectados.

“La organización criminal por excelencia es el Estado”, sentenció Auyero. Su explicación: en la marginalidad el Estado se retira o militariza el territorio, y pone a funcionar la policía, en complicidad con bandas delictivas organizadas, el origen de la violencia social y doméstica.

En definitiva, pensar en situaciones de violencia, desigualdad e inseguridad, no siempre deben tomarse como hechos aislados, fortuitos ni de libre elección. Allí, el Estado y sus diversos órganos, instrumentos y fuerzas de seguridad, forman un entramado complejo que habilita la posibilidad de perpetuar hechos delictivos, estableciendo actores, roles, escenarios y consecuencias (AUYERO, Javier, BERTI, María Fernanda, 2013).

¿A qué equivale pensar en un sujeto marginal?

Si entendemos que las condiciones de vida son muy complejas y diversas dentro de una sociedad, signadas por múltiples factores socio-económicos y políticos que inciden en profundizar o mejorar la problemática, podremos coincidir de mínima en que las posibilidades de acceso a derechos humanos básicos no gozará de equidad en todos los sectores de la comunidad. A partir de esta realidad, debemos separarnos de conceptos hegemónicos, en los que ahondaremos más adelante, que no sólo desatienden las condiciones desiguales en las que viven sino que sugieren una mirada estigmatizante respecto a los sectores más vulnerables de la sociedad.

En este sentido, el sociólogo y criminólogo estadounidense David Matza se distancia por ejemplo de las teorías criminológicas clásicas al desarrollar el concepto de “deriva”, en la cual señala que no existe una compulsión al delito. Dice que los jóvenes que delinquen no están obligados a hacerlo y menos aún a hacerlo de manera sostenida, pero tampoco son libres de elegir sus actos. La deriva, según Matza, está “a mitad de camino entre la libertad y el control”. El delincuente está a la deriva entre la acción criminal y la acción convencional.

Al mismo tiempo critica la idea de que los hechos delictivos se originan cuando se debilita o se rompe el vínculo entre el individuo y la sociedad. Matza expone un contrapunto frente a las teorías criminológicas, en especial a las subculturales, ya que considera que “no existe una alteridad radical entre quienes quebrantan la ley y los que no”. Sostiene que, aquellos que cometen infracciones “pueden adherir a los mismos valores, principios morales y preceptos que el resto de la sociedad”. Según el autor, esto explicaría porqué muchos jóvenes deciden alejarse de la delincuencia una vez que llegan a adultos y, a su vez, permite entender que los episodios de esta naturaleza sean esporádicos y se alternen con acciones

convencionales como concurrir a la escuela o tener una vida social ordinaria (MATZA, David, 2014).

Técnicas de neutralización

Hemos hablado de la marginalidad en términos de desigualdad a lo largo de todo el trabajo. Y si pensamos en el delito como una consecuencia directa de la misma y de la imposibilidad de acceder a diversos derechos básicos que resultan fundamentales en principio para subsistir, podemos comprender cierta lógica vengativa o de justicia que subyace detrás de aquellos sujetos que terminan incumpliendo las normas.

En referencia a esto, el sociólogo David Matza hace referencia a las técnicas de neutralización, las cuales operan tácitamente como justificaciones del comportamiento desviado por parte de quienes delinquen. Entre ellas se encuentran la negación de la responsabilidad, la cual señala que “mientras el delincuente no se defina a sí mismo como responsable de sus acciones desviadas, la desaprobación de uno mismo o de otros pierde efectividad como influencia represiva”. O sea, al reconocer que “no actúa libremente sino por la influencia de factores externos”, el delincuente “prepara el terreno para su desviación del sistema normativo dominante sin necesidad de un ataque frontal a las normas”. De alguna manera –y al igual que los conceptos de sentido común o identidad- son construcciones sociales y culturales producto de las creencias que circulan en torno a ellos, a las cuales terminan siendo funcionales, como parte de darle sentido a su propia subjetividad. Se desprende entonces una pregunta: ¿por qué extrañarse de que naturalicen y justifiquen sus propios actos fuera de la ley, si en verdad la sociedad no tiene otras expectativas hacia ellos?

De hecho, ciertos comportamientos que escapan a las normas son coincidentes con prácticas habituales de grupos que no son marginales. Un ejemplo sencillo podrían ser aquellos estudiantes de instituciones educativas –tanto públicas como privadas- que se escapan del colegio durante el horario de clase, lo que comúnmente se llama “hacerse la rata” (MATZA, David, 2014).

“Hegemonía”, una clave para pensar el sentido común

Al decir que los discursos hegemónicos operan sobre la sociedad direccionando su sentir, moldeando su pensar, su accionar, y que lo hacen articuladamente con la participación cómplice y necesaria de ciertos dispositivos, como los medios de comunicación o la publicidad, implica comprender que dichos discursos inciden, en definitiva, en la configuración identitaria de la sociedad en cuestión. Según Jorge Huergo, el concepto de “hegemonía” refiere a dos significados: primero al dominio, destacando el carácter coactivo del mismo, donde una fuerza poderosa prevalece frente a otra subordinada. La segunda se refiere a la capacidad de dirección intelectual, moral y cultural en virtud de la cual una clase dominante (o aspirante al dominio) logra acreditarse como legítima, alcanzando consenso como clase dirigente. La cultura misma, afirma Jesús Martín-Barbero es un espacio de hegemonía: la dominación, lejos de ser un proceso de imposición desde el “exterior” de lo social y de la cultura, es un proceso en el que una clase se hace hegemónica en la medida en que logra representar intereses diferentes de las clases populares y, además, en la medida en que los sectores populares se reconocen “adentro” del proceso hegemónico, lo asumen, lo hacen propio, son conformistas con él. En ese proceso, se transforman las

culturas y las identidades dominantes y se transforman, también, las culturas e identidades populares, conformando entre ambas articulaciones muchas veces insospechadas.

¿Cómo se construye un discurso hegemónico?

Según indica el argentino Ernesto Laclau la sociedad puede considerarse una configuración discursiva. De este modo permite comprender que el lenguaje configura (hace posible o impide) la experiencia y, secundariamente, la expresa y la interpreta. La hegemonía trabaja en dos sentidos:

- La producción de un imaginario de orden, que es coincidente con los propios intereses de los sectores dominantes.
- La producción de que determinados significantes tienen un significado fijo y permanente que no debería ser subvertido.

Ejemplo:

Orden = civilizado = desarrollado = organizado.

Podrían ser los significantes de “orden”, o sea, la imagen, palabra o concepto que sugiere el sentido común.

El discurso social, entonces, construye equivalencias entre determinados significantes y sus significados, influenciados por los discursos dominantes impuestos, en la que aflora la necesidad de legitimar un orden y un sentido común. Otro ejemplo es el significante de “mujer”.

Mujer = madre = ama de casa = sexo débil = etc.

Asimismo, en determinados momentos emergen significados que subvierten el sentido de un estatuto, como por ejemplo:

Mujer = travesti / mujer = lesbiana / mujer = prostituta.

Por lo general, los significados que se desvían de los significados naturalizados en el estatuto, quedan como del otro lado de una frontera imaginaria y suelen ser objeto de pánico moral. Este concepto, según describe Huergo, contiene a los significados que la cultura dominante censura moralmente y provoca que muchas veces sean discriminados los sujetos que lo encarnan. Desde el punto de vista discursivo, la hegemonía trabaja así: en una “formación social”, que es la referencia empírica, se construye una “formación hegemónica” que es una producción simbólica o imaginaria. Esto quiere decir: la formación social posee elementos variables, contingentes (no necesarios) y procesuales. Pero la formación hegemónica va estableciendo fronteras, límites fijos que pretenden estabilidad. Por ejemplo: ser villero, ser joven o ser militante activo, es una situación variable, contingente y procesual. Lo que hace la formación hegemónica es, con el fin de afirmarse como un “orden social”, ubicar esas situaciones del otro lado de una frontera imaginaria y ubicarse a sí misma como lo opuesto de esas situaciones, que pasan a ser objeto de pánico moral, de control y disciplinamiento. De modo que los villeros “cabecitas negras”, los jóvenes “indisciplinados y contestatarios” o los militantes “rebeldes y violentos” son ubicados en un lugar “marginal”, al margen de ese “orden social”, del otro lado de la

frontera simbólica. Lo que trata de hacer la formación hegemónica es afirmar, como deseable, una sociedad ordenada, es decir: burguesa (no villera), adulta y seria (no desordenadamente joven) y que observe las formalidades políticas (no el violento desorden del activismo militante).

Al mismo tiempo, es posible observar cómo la formación hegemónica organiza un campo social a través de pares binarios. El objetivo no sólo es pensar cómo atacar y derrotar a un adversario sino estructurar las percepciones sobre el mundo. Esta fuerte función ideológica ocurrió en Argentina, por ejemplo, con el discurso político-cultural de Sarmiento cuyo par binario fue “civilización o barbarie”, de modo que las equivalencias, o sea los sentidos, en ambos casos fueron:

Civilización = espíritu = progreso = deseable = racional = ciudad; etc.

Barbarie = naturaleza = atraso = indeseable = irracional = campo; etc.

De esta manera, señalando y sugiriendo cuál es el camino correcto y de qué debería alejarse una sociedad, se entiende que la estrategia es direccionar, corregir, disciplinar. En este caso, sería “civilizar la barbarie”. Para esto –señala Huergo- ubicó a la barbarie, en primer lugar, del otro lado de la frontera imaginaria; en segundo lugar, trabajó en la internalización y aceptación de esa dicotomía por parte de los sujetos; en tercer lugar, elaboró otras estrategias, como por ejemplo la educación: organizó un sistema educativo que apuntaba a la normalización y disciplinamiento de las conductas “anormales e indisciplinadas” (bárbaras) y a la masificación de saberes y formas de acción europeas y norteamericanas (civilizadas).

Estos relatos –que se construyen según los intereses dominantes y los procesos de dominación- se instalan en la sociedad de manera que circule como objeto de consumo entre los sujetos sociales que lo incorporan, o sea, que lo hacen cuerpo.

Asimismo, mientras los miembros de una sociedad naturalizan estos conceptos y los asumen como propios, es que adquieren prácticas conformistas y colaboran para la reproducción social del pánico moral y la discriminación. Es muy llamativo ver cómo se expresa una mujer (que aparece en la televisión) sobre el asesinato de su hijo por parte de la Policía:

“Mi hijo no era un vago: estudiaba y trabajaba; no tenía vicios ni se drogaba.

Era un buen chico”.

De esta manera, nos invita a pensar que, si el joven hubiera sido un desocupado, o hubiera tenido problemas de adicción, por decir, hubiesen existido (entonces) razones para asesinarlo. Con más razón, si no hubiera estudiado y tuviese vicios, no hubiera merecido alcanzar la calificación de “buen chico”. Entonces:

Buen chico (buen joven) = trabajador = estudiante = no “vago”, etc.

Con lo cual:

Desocupado = no estudiante = adicto = (posiblemente) mal chico.

Lo que se dice siempre incluye, o esconde, algo que no se dice. En este caso, que hubiera existido, acaso, una justificación para asesinar a un joven en caso de haber sido vago, desocupado o drogadicto (HUERGO, Jorge, 2002).

La clave para comprender cómo opera la hegemonía en el nivel del lenguaje, está en identificar que estas representaciones y significaciones están generalizadas en la sociedad y que muchas veces son incorporadas y asumidas como propias por diversos sectores sociales, entre ellos los posibles actores de este tipo de situaciones: desempleados o sin estudios, por ejemplo, y que son víctimas, en buena medida, de las políticas estatales de ajuste que tienden a un empobrecimiento cercano a la miseria.

En este sentido, el hecho de lograr que muchos sujetos sociales asimilen y reproduzcan estos sentidos, les da legitimidad y vigencia a esos discursos hegemónicos para reforzar un orden impuesto y configurar, en parte, las condiciones y los límites de un deber ser, un cómo comportarse o sentir, sin ser discriminado o marginado, según los intereses dominantes.

Un escenario se monta siempre previo al show

La hegemonía -también como cultura de control- actúa creando definiciones primarias y cuenta con los medios de comunicación masivos como reproductores para instalarlas. Stuart Hall y Tony Jefferson lo ejemplifican claramente cuando refieren a la construcción de la campaña de “La ley y el orden” ante el asesinato de una persona durante un tiroteo con las fuerzas de seguridad. En la misma, los medios hablan de “un atraco que salió mal”, tal cual lo describió un portavoz de la policía. O sea, una reproducción directa del mensaje que

quiere dar el poder hegemónico mediante los agentes de la “ley y el orden”, intentando legitimar y solapar un hecho aberrante en busca de disciplina, miedo y control social.

Hecho aberrante → cultura de control como creadora primaria de definiciones → medios como reproductores.

Dicho con un ejemplo:

Represión violenta → Interpretación sesgada de los sectores de poder (hegemónicos) para justificar el accionar represivo y buscar la aprobación social para futuros casos de represión → Medios que reproducen esa justificación y lo muestran como “necesario”.

Otra manera de operar en esa dirección, siempre con los mismos actores, es a la inversa. Primero se genera un clima, se instala una idea a través de la sistematización de noticias en la misma dirección que, luego de ser reproducida y consumida por la sociedad durante un período determinado, empieza a primar la necesidad de accionar, de hacer algo para controlar la realidad, lo cual tendrá la aprobación por parte del pueblo. Por ejemplo, durante semanas y meses los medios de comunicación podrían difundir noticias de robos en pleno acceso de una persona a su vivienda. Se describe quiénes lo ejecutan, cómo son, de qué clase social provienen, cómo hablan, cómo se visten, cómo operan, etcétera. Con el correr de las semanas, luego de varias noticias de las mencionadas “entraderas”, se genera indignación y temor por parte de los ciudadanos que empiezan a dar testimonio y presionar para que se tomen medidas. Este clima instalado dará legitimidad a las posturas del Estado

cuando luego decida darle licencias a grupos coercitivos y organizados de las fuerzas armadas, como puede ser la Gendarmería, para hacer uso de su fuerza y de sus métodos de disciplinamiento represivo.

Esta situación se relaciona con el llamado “pánico moral” que explica Stuart Hall. Según el autor, existen tres subtipos:

- *Pánico moral discreto (evento dramático → inquietud pública, lobby moralista (sensibilización) → acción de la cultura de control).*
- *Cruzada: interpreta los pánicos morales para acelerar la secuencia (sensibilización: lobby moralista → evento dramático → acción de la cultura de control).*
- *Campañas post “ley y orden”: una secuencia alterada (sensibilización: lobby moralista → organización y acción de la cultura de control → evento dramático → acción intensificada de la cultura de control).*

En el ejemplo final –agrega el autor- se debe señalar la tendencia de la cultura de control a actuar de modo anticipado respecto de la visibilidad pública de un “miedo” particular.

(HALL, Stuart, JEFFERSON, Tony, 2010).

Desarrollo del proceso de producción y justificación de los recursos elegidos

Desde los primeros bocetos y borradores del proceso de producción mis emociones fueron oscilando entre motivaciones y frustraciones. Por un lado, el mismo hecho de contar

historias resultó un motor en sí mismo, y sumado al objetivo de alcanzar mi primera publicación literaria -nada menos que para graduarme- suponía ser un incentivo suficiente e inalterable. Sin embargo, el tránsito no fue lineal y tuve que aprender a convivir con diversos factores y situaciones que se fueron presentando.

En primer lugar, dificultades de tiempo y organización: durante el primer período –a fines de 2017 y buena parte del 2018- el momento en que podía sentarme a pensar las historias e intentar materializarlo en un archivo word, eran los fines de semana. Es que la noche siempre me ha resultado mejor como plataforma creativa y entonces aparecían los viernes y sábados como potenciales días para sumergirme en los relatos sin condicionamientos de tiempo. El tema fue que muchos de esos fines de semana han estado ocupados por diferentes proyectos, actividades y trabajos que, dado el contexto de crisis económica, no siempre pude postergar o desechar. Es decir, hubo meses en que pude aprovechar todos los fines de semana y otros en los que -con suerte- pude sentarme apenas un rato. Lo que sí pude sostener paralelamente a la producción de cuentos fue la memoria, siguiendo el consejo tanto de Marina como de Verona.

Pero a su vez se presentaron dificultades personales. Se le detectó una enfermedad compleja a un familiar directo, lo cual llevó tratamiento, dedicación y acompañamiento general de toda la familia. Una experiencia intensa e inesperada, que lógicamente se llevó mi tiempo y energía durante unos meses del 2018, hasta que la situación pudo resolverse de manera satisfactoria.

Habiendo comenzado el 2019, cuando la producción de cuentos estaba avanzada y sólo restaban dos o tres relatos finales, tuve una laguna creativa que me frustró y me frenó durante un período. Tenía el temor de repetir las historias y al mismo tiempo el desafío de encontrar nuevas escenas que continúen el hilo conductor que venía desarrollando. No lo

encontraba. Sentía que a los nuevos personajes que surgían les faltaba algo; que eran impostores que buscaban plagiar a los otros, los verdaderos. Intenté buscar otros recursos y lanzarme a escribir una historia contada íntegramente por diálogos. También la descarté. Por suerte recordé una experiencia laboral, en épocas de gran precarización, donde tenía que viajar en colectivo –de prestado- para transmitir partidos de fútbol y cada fin de semana me regalaba una aventura distinta. Allí nació *El churrasco*, y fue el puente que permitió cruzar la laguna y avanzar.

Pero unos párrafos atrás también mencioné que tuve motivaciones. Tengo que confesar que fue curioso descubrir que uno de los grandes motores en el tránsito de la escritura, aún en etapas iniciales y de exploración, fue la culpa. Me ha pasado que al momento de describir ciertas cualidades de los personajes urbanos me daba cuenta que tenía preconceptos, que aquellos encantos y atributos que formaban parte de ellos y que yo ahora quería destacar contrastaban con lo que –se suponía- debía ser de otra manera; quizá más gris, más vulgar o más hostil. Ese contraste, casi contradictorio con lo que dictan los relatos hegemónicos, denunciaba en mí una clara presencia de aquel sentido común heredado. Fue una revelación, o más bien un recordatorio: también yo, asumiendo en verdad no estar sumergido en las profundidades de tan crueles estigmas, estoy salpicado por ellos, comprendí. De alguna manera fue liberador para progresar en los relatos y para ser fiel en el contenido de los mismos. Entonces busqué capitalizarlo como recurso para profundizar en la escritura: el mismo narrador puede ser sorprendido, me dije. Se podría avanzar en un relato que vaya por los carriles propios de aquel sentido común heredado, dominante, y que el mismo desarrollo tenga guardada una carta de invitación para interpelarlo, por ejemplo.

Conformación de los ejes temáticos

Como primera consideración para recorrer la génesis de mi Trabajo Integrador Final (TIF), tengo que mencionar que los relatos de ficción que la conforman tuvieron como motor inicial dos grandes ejes o temáticas: la marginalidad y la autoficción. La primera es una problemática que siempre me interesó abordar. De hecho, muchos de los cuentos que había escrito en los últimos años tenían como protagonistas a sujetos asociados a situaciones de vulnerabilidad social. Los mismos habían brotado, como mencioné párrafos atrás, como resultado de alguna situación que me generaba impotencia o curiosidad, y que me impulsaba a materializar la emoción en algún apunte breve a modo de reflexión.

La segunda tiene que ver con el concepto desarrollado por Manuel Alberca cuando define a la autoficción como un pacto ambiguo donde el lector no puede identificar si el autor –que narra en primera persona- está ficcionalizando o narrando una biografía. Esto se produce, según Alberca, ya que “(el autor) no renuncia a hablar de sí mismo, incluso es posible que diga la verdad de su vida, pero no lo anuncia ni nos avisa, al contrario, extiende una densa cortina de humo sobre sus intenciones”. Y esa fue una decisión: por un lado, la elección primigenia de redactarlo en primera persona y así narrar desde un “punto de vista propio”. Esta postura me sugería, de alguna manera, la posibilidad de generar cierta empatía con los lectores. O sea, que contarlos “a flor de piel” podía tornar más vívidas las escenas, a punto tal que el lector pueda incorporarlas como propias. Entendiendo eso, así las dejé. (ALBERCA, Manuel, 2007).

Fue así como, con esos cuatro relatos apuntados en borrador, me acerqué a la presentación de “Bondi”, la novela de Marina Arias, para proponerle que sea mi Directora de TIF; una invitación que rápida y generosamente aceptó. A Marina la había conocido en la Facultad

de Periodismo, donde fue mi docente titular de la cátedra de “Escrituras y Lecturas” (hoy, Laboratorio Creativo de Escritura I). Además fue co-coordinadora del LITIN (Laboratorio de Ideas y Textos Inteligentes Narrativos), cuyo espacio tuve el gusto de habitar durante un breve pero feliz período, participando de aquellos encuentros quincenales que también se desarrollaban en el ámbito de la Facultad y que felizmente sigue creciendo. Lo concreto es que, inmediatamente después de decirme que sí para dirigir mi TIF, Marina me preguntó: “¿cuántos textos tenés pensados publicar?”. Me obligó a sacar cuentas. “Diez”, le contesté. Me dio el visto bueno, pero me sugirió que la producción tenga, de mínima, unas cincuenta carillas. Para cerrar las primeras indicaciones me pidió que le haga llegar esos primeros relatos. Luego, en la soledad de la caminata a mi casa, pensé en otra persona que también pudiera orientar el barco y surgió con facilidad el nombre de Verona Demaestri, docente de la misma cátedra, quien también aceptó y me pidió los textos.

Más detalles de los relatos

Desde el punto de vista específico de la producción de cuentos, hubo algunos de ellos que ya estaban escritos o iniciados hace mucho tiempo. *Montevideo, última noche*, *Un árbol con anteojos* o *Vigilia*, por ejemplo, son textos que tuvieron su primera versión entre 2012 y 2013, al principio como crónicas de acontecimientos reales y que, de alguna manera, tenían en común el protagonismo de sujetos urbanos en situaciones vulnerables. En ellos, gran parte de los diálogos -o mejor dicho, la información y el espíritu que contenían los diálogos- se plasmaron con un grado de fidelidad muy alto. A partir de ellos y del contexto del lugar -que también he respetado- busqué generar un clima narrativo que pueda ser

orgánico según la característica de los personajes y las descripciones geográficas con vistas a lograr un ritmo determinado.

En el primero y el tercero de los mencionados aparece tácitamente un subtema -más allá de la marginalidad- vinculado en principio a ciertos preconceptos de algunos personajes secundarios en referencia al aspecto físico del protagonista colmado de una evidente falta de recursos, vulnerabilidad social y sanitaria e incluso abandono, que los colocaba en una postura de alerta cercana al rechazo. Esa actitud de los actores secundarios -al abordar luego el marco teórico del trabajo- pude vincularla con el concepto de “pánico moral” citado por Jorge Huergo, ya que resonaba en ellos una idea de peligrosidad y de amenaza en relación al delito y a la inseguridad, que en verdad era producto de la información que consumían simplemente porque tenían al alcance, con características impuestas por intereses ajenos a ellos; es decir, una ficción que reproducían y que ahora se manifestaba como un prejuicio.

En el cuento *El contacto* intenté continuar un relato anterior *Buscando a Lucas* pero desde otro punto de vista. Pude avanzar con esa premisa, pero lo que me costó fue encontrar un cierre. Tenía la sensación que a uno de los protagonistas –el dueño de casa- le estaba faltado algo. ¿Acaso se trataba simplemente de un conocido que lo había encontrado en la vereda y lo invitaba a pasar a su casa, sin más? No me convencía. Entonces incorporé a un tercero al final del relato, que terminó modificando el sentido del cuento. Porque ese tercero, en definitiva, estaba persiguiendo al protagonista y quizá necesitó una ayuda para llegar a él. Cuando pensé en esta posibilidad se la comenté a Marina, que rápidamente lo aprobó porque entendía que esa incógnita permitía sospechar de una trama de poder que hacía dialogar a los conceptos de marginalidad y hegemonía de una manera que hasta el momento no habíamos abordado en los relatos.

Breve bitácora del proceso

Me encontré con una revelación. Querer avanzar en un TIF de producción requiere de paciencia. ¡Y eso, para los ansiosos como yo, es una barrera, ja! No siempre que uno tenga disponibilidad de tiempo y deseos de avanzar, lo podrá hacer. El proceso creativo implica inspiración y con esto no descubro nada. Sólo que uno puede sentirse frustrado si no llega esa inspiración. Por lo tanto, para no forzar la escritura a toda costa, a veces es mejor dedicarse a la lectura de otros TIF, por ejemplo. Así, pude dar con el TIF de Silvana Casali, con la memoria y la nouvelle. Su investigación, los objetivos que se planteó y el tránsito que fue describiendo me ayudaron como espejo, de alguna manera, para pensar en qué lugar del proceso del trabajo me encontraba.

Pasaron algunas semanas de sequía en la producción, hasta que me puse a escribir *Buscando a Lucas*, ya citado anteriormente. Sólo tenía en claro el personaje principal y su historia de vida. Pensé en alguna situación que pudiera generar tensión y para reforzar ese punto sumé un segundo personaje. En este sentido, para marcar diferencias entre uno y otro, y en especial para darle quizá mayor expectativa dramática y sostener cierta lejanía, intenté probar darle al personaje principal una voz indirecta. A medida que cambió el clima del relato, las citas directas y los diálogos variaron según el personaje en el que hacía foco.

Pensé en contar la historia tal cual sucedió en la vida real. Pero implicaba separarla en varios días, en diferentes encuentros. Y me pareció que a los fines de darle expectativa al relato era preferible concentrar la atención –y la tensión- en un único día, en tiempo real. Sentía que contarlos de manera fragmentada podía debilitar el texto. Y quizá dejar detalles

de los encuentros que quedaban afuera para reciclarlo como material de otro eventual relato. En este caso, pensar la marginalidad desde una enfermedad o una adicción, implica cambiar el foco hacia la problemática que significa las oportunidades laborales en estos casos, el rechazo social, el prejuicio. Y respecto a esto último factor, en el relato intento darle ese matiz al personaje de Tomás, que modifica su actitud a medida que avanza la narración (hablar de las conexiones entre relatos. Descripciones, personajes, lugares).

Abril

Retomé el texto *Vigilia*. Quizá merecía ser pulido más que cualquier otro texto. Es que me resulta difícil recortar un texto cuando lo que se cuenta es algo que lo movilizó en la realidad y uno quiere volcar los detalles y sensaciones genuinas que vivió. Por eso la primera versión fue como descargar un material en bruto, como cuando uno escribe un sueño rápido para no perderse ninguna imagen. Lo que venía ahora, como etapa inicial de corrección, era una selección apropiada y funcional a los fines de darle mayor fuerza y dinámica. Como la historia se cuenta en los hombros de dos personajes y la planificación de esa noche fue, en general, obra de ambos, se daba la situación de que muchas acciones las hacían conjuntamente. Así había sido en la realidad. Pensando en el relato, preferí delegar y otorgarle a cada uno ciertas acciones vinculadas a la logística. Uno busca un lugar para sentarse y el otro recibe a la gente, por ejemplo. Me pareció que tenía más sentido y le daba más fuerza.

Mayo

Recordé una historia de cancha cuando empecé a trabajar de periodista deportivo y, con algunos cambios de personajes y situaciones, fui amoldando un relato que pudiera vincularse con la temática general de los cuentos. Quise hacer foco en otro tipo de marginalidad. Pensé en personajes y situaciones de Roberto Arlt, en “Los siete locos” (homosexuales, linyeras, asesinos, locos, prostitutas, ladrones, fanáticos religiosos...). → <https://www.educ.ar/recursos/103556/roberto-arlt-el-juego-la-calle-y-la-rabia>.

Julio

Durante la redacción del Plan de TIF, inicialmente titulado “Narrativa: identidad en territorios de marginalidad”, había dos grandes conceptos: identidad y marginalidad. Uno de ellos era necesario revisar por parte de la Directora y Co-directora de TIF: la marginalidad. Un término que yo consideraba esencial como eje comunicacional. En ese sentido, me marcaron que podía ser complejo y difícil de abarcar por su amplitud conceptual y por la precisión que implicaría su posterior desarrollo.

Quizá no pude ver esta dificultad hasta redactar el Plan de TIF, que incluyó pensar en metodología, herramientas teóricas y material bibliográfico, por ejemplo. Esto me obligó a revisar mentalmente los ocho cuentos que llevaba escritos hasta el momento. Entonces empecé a sospechar que el de “marginalidad” no era quizá el concepto más preciso que atravesaba la producción del TIF. Por momentos los relatos espiaban callejones vinculados a la temática pero no necesariamente desembocaban en “la marginalidad” como arteria principal. Pensé en qué otro concepto podía ser un común denominador. Y me pasaron dos

cosas: primero, hubo una suerte de enroque de palabras clave (identidad-narrativa) dentro del mismo título de TIF: comprendí que “identidad”, aun en su amplitud, era quizá el concepto que nucleaba la producción general de los cuentos y donde necesariamente debía hacer foco. Y en segundo lugar, cuando pensé en otro concepto que busque recortar esa amplitud pensé en uno que reemplace al de marginalidad y allí es donde surgió el de “vulnerabilidad social”.

Los primeros ajustes

En las primeras devoluciones me expresaron la necesidad de revisar qué ejes comunicacionales iban a cimentar esa serie de relatos. Tanto Marina como Verona me marcaban que podía resultar dificultoso sostenerse en comunes denominadores tan amplios como “marginalidad” y “autoficción”. Me sugirieron basarme en la falsa rivalidad entre los estilos de “Florida” y “Boedo” y desde ahí buscar un anclaje teórico. Seguido a eso, me señalaron la necesidad de pasar la mayoría de los relatos escritos en primera persona a la tercera, en estilo indirecto libre; luego modificar algunos títulos y pulir fragmentos que sobraban en cada texto. Debía reescribir esos cuatro relatos y redactar los que faltaban, que tenía en mente pero no los había pasado siquiera a un borrador.

Me senté y reescribí los cuatro textos, modificando la voz del narrador; suprimí los fragmentos que sobraban y revisé los títulos. Fueron tomando forma y mejorando con correcciones más puntuales. Hasta ahí el proceso fue dinámico y de ida y vuelta. Pero sinceramente me costó sentarme a escribir con ese nuevo eje sugerido: la falsa rivalidad de los estilos Florida y Boedo, con improntas narrativas tan disímiles, incluso por el compromiso social que denotaba una y otra, estaba lejos de la orientación que en verdad

deseaba darle a mi trabajo. Por lo que, luego de acercarme sin convicción a la temática, desestimé la sugerencia y me senté a pensar cómo podría recortar el marco teórico.

Eso me obligó a revisar nuevamente los relatos y el concepto de “marginalidad”. Y al repasar los cuentos con esa premisa me encontré con un común denominador: en todos hablaba del sujeto marginal en función de un “otro cultural”, donde se marcaban los límites de cómo era sus grupos de pertenencia y en donde algunos espacios públicos -como la calle- se convertían en escenarios de disputa del poder: qué se dice, qué no se dice, qué pasa, cómo pasa. Estos tópicos me sugerían una cercanía con el concepto de identidad. Pero me pregunté: ¿cómo puedo articular la autoficción con la marginalidad desde un enfoque más bien antropológico, donde pudiera validarse y sostenerse el concepto de identidad? Entonces recordé las sensaciones primigenias que motorizaron buena parte de los primeros cuentos: la culpa. Si la culpa en verdad tenía que ver con los prejuicios hacia aquellos “otros culturales” signados por la marginalidad que protagonizaban las historias, estábamos reconociendo en las mismas la presencia de un discurso hegemónico y un sentido común que han sido contruidos. El discurso hegemónico –o sea, la comunicación- era un factor que delimitaba quiénes se vinculaban y cómo se vinculaban, que delimitaba el grupo de pertenencia, la identidad y el sentido común. De alguna manera, el sentido de la producción había cambiado de rumbo. Porque la identidad de aquellos sujetos urbanos estaba necesariamente vinculada con el concepto de hegemonía, o sea con un discurso construido, de ficción, y la manera de ponerlo en juego era justamente a través de una producción de cuentos, la ficción que ahora intentaba acercar otros posibles escenarios para pensar la marginalidad.

Una revisión necesaria

Aquí tengo que hacer un alto, un punto. Porque aquella revelación de comprender y aceptar los conceptos y paradigmas que me atravesaban, fue un momento bisagra para mi producción y para mi proceso individual. El hecho de concientizar que aquellos prejuicios que formaban parte de mi subjetividad, esa misma que estaba indagando y señalando como hegemónica, era un sentido común que –más allá de aborrecerlo- estaba presente. Me asombró darme cuenta que incluso en vísperas de culminar la carrera, seguía interpelando y deconstruyendo mis propios conceptos, viciados por un poder dominante, invisible pero que empezaba a ser reconocible. Y en este marco surgió un concepto clave que la misma facultad supo presentarme como una herramienta valiosa para el análisis discursivo, que es la reflexividad. Este concepto de Pierre Bourdieu estuvo presente en esta instancia del trabajo que, a posteriori, cambiaría el sentido de mi tarea para continuar el proceso del trabajo.

En un texto de Rockwell, donde el autor retoma conceptos de Bourdieu, dice que los datos los construye el investigador con su mirada. Y esto requiere mucho trabajo sobre la propia subjetividad, una reflexividad permanente. En el trabajo etnográfico se intercalan trabajos de lectura y escritura, de relectura y reescritura. De variaciones. De análisis de las notas previas. De análisis de los cambios y de las regularidades. El trabajo etnográfico está logrado si se modifica sustancialmente las ideas iniciales del proceso que se observa. Por eso no tiene “sentido hacer un trabajo etnográfico para ir directamente a la codificación y cuantificación de datos y a la comprobación de hipótesis ya establecidas”. Es necesario que el trabajo sea abierto, que esté sujeto a modificaciones: “al alternar observación y análisis – escribe Rockwell- (...) se van descartando esquemas iniciales y construyendo o

seleccionando categorías que permitan observar y distinguir más detalles en los materiales de campo”.

El enfoque es una construcción constante, de cambio, de designación de relaciones y no la mera denominación de cosas (que sería una forma de esencializar, de buscar una naturaleza inmanente en los fenómenos). “En la tradición etnográfica –escribe Rockwell-, construir conocimiento significa dar contenido concreto a los conceptos que se elaboran; significa además, establecer las relaciones no sólo entre conceptos en abstracto, sino entre los conceptos y los contenidos empíricos provenientes de un contexto histórico en la localidad de estudio. (...) La idea de mantenerse abierto y flexible durante la construcción etnográfica (...) es la condición para poder establecer nuevos vínculos entre los conceptos y las acciones o situaciones observables”. Y en este aspecto juega un doble rol la reflexividad. O las reflexividades. No son las mismas: los “nativos” y los etnógrafos (o etnógrafo) trabajan con andamiajes categoriales diferentes. Como dice Rockwell, “la experiencia de campo nos obliga a construir las categorías de análisis en diálogo con los significados locales y a modificar en el camino los parámetros del discurso oficial”. Es decir, no son fijas ni estáticas.

En este punto, la distinción entre categorías sociales y categorías analíticas es importante para marcar que en la interacción se produce un cruce de reflexividades. Las categorías analíticas corresponden a una concepción teórica implícita o explícita. Las categorías sociales, en cambio, son aquellas “representaciones o prácticas que aparecen de manera recurrente en el discurso o en las acciones de los habitantes locales y que establecen distinciones del mundo que ellos conocen y manejan”. Los etnógrafos no están por fuera de estas representaciones. Por eso es necesario que haya una re-elaboración permanente de los postulados trabajados: como escribe Rockwell, “el trabajo cualitativo requiere un

procedimiento insustituible, el trabajo sobre los textos producidos en el campo: leer, releer y releer los registros de campo, interpretarlos desde varios ángulos, anotar y anotar sobre anotaciones, relacionar, dudar y volver a relacionar, escribir textos preliminares, romperlos y escribirlos de nuevo, todo ello hasta encontrar cómo encajan algunas piezas del rompecabezas” (ROCKWELL, Elsie, 2009).

Entonces la reflexividad estuvo presente, de alguna manera, al identificar que quedaban expuestas ciertas descripciones estigmatizantes hacia los sujetos marginales, en cuyas historias interactuaban con otras personas quizá de clase media, que se “animaban” a interactuar con ellos, quizá asumiendo cierto riesgo de que algo pudiera sucederles. Ese prejuicio, que por ejemplo puede notarse en el cuento “Vigilia” donde la irrupción del personaje principal, Víctor, pone en alerta al círculo de personas reunidas en esa plaza, hasta que ellos mismos van despojándose de aquellas nociones de “peligro”, preconcebidas quizá como producto de un discurso hegemónico presente. Algo similar sucede en “El trapito del Coliseo”, donde uno de los personajes “controla” el miedo de que un individuo que trabaja en una esquina se le siente a su lado a descansar, a armarse un cigarrillo, mientras le saca charla durante unos minutos eternos, al comienzo, aunque también el mismo diálogo va desarmando esa construcción ficticia y heredada.

Es decir que la propia reflexividad y la autocrítica de mis conceptos evidenciados me llevó a reforzar algunos diálogos en estos y otros relatos. Pero no poniendo el foco en intentar disolver los preconceptos que muchos personajes traían sino, al contrario, para acentuar esos contrastes y buscar a través de los diálogos, puntos que los acerquen, incluso para la propia reflexividad de los personajes.

Es decir, la comunicación vuelve a ser común denominador. Antes, desde una construcción discursiva hegemónica, para instalar y naturalizar un sentido común; ahora, desde otra

ficción -narrativa- los diálogos acercan una herramienta indispensable para revisar conceptos heredados y pensar, quizás, en la posibilidad de conocer nuevos escenarios posibles.

De hecho, en el cuento “Vigilia”, el diálogo juega un rol importante para que Víctor pueda darse a conocer y así modificar el clima inicial. Al comienzo, su irrupción generó cierta incomodidad y su presencia estaba bajo una lupa de sospecha y desconfianza por parte de los presentes, hasta que la posibilidad de poder expresarse fue rompiendo o alterando esa resistencia. Es decir que sin la posibilidad del diálogo, o sea, sin la apertura y receptividad para escuchar lo que Víctor tenía para compartir, no se hubiera logrado esa ruptura o esa posibilidad de correrse de una imagen construida e importada por un discurso ajeno a ellos.

El nuevo sentido

Entonces, una vez incorporado esto, me dije “este trabajo no es sólo una producción de cuentos de sujetos marginales, donde se describen sus valores y sus dificultades cotidianas”. Acá emerge la necesidad de hurgar en un aspecto más profundo, pensé ¿cómo se supone que debiera ser alguien marginal? ¿qué fuerzas tejen el discurso que delimita los alcances e imposibilidades de la marginalidad? ¿cuál es el discurso que circula y se reproduce como sentido común en el interior de una sociedad? En cada una de estas preguntas surgía el mismo denominador común: la hegemonía. Estamos diciendo que dentro de una sociedad existe un poder intangible que opera con múltiples y diversos dispositivos solapados –o sea, sin la necesidad de ejercer una fuerza represiva; sólo desde el discurso y la ideología- cuyo escenario se sostiene en una fuerte tensión social y cultural.

En este sentido, Raymond Williams es quien señala a la hegemonía como un complejo entrelazamiento (o articulación) de fuerzas políticas, sociales y culturales diferentes, con el fin de constituir y sostener la conducción de una sociedad, sin necesidad de hacerlo por el dominio coercitivo o por la fuerza. (WILLIAMS, Raymond, 1997).

Es así como estos poderes invisibles pretenden consolidar un modelo de sociedad, donde se marca quiénes tendrán el privilegio de pertenecer y quiénes deben ser apartados, sugiriendo una identidad social con determinados valores, normas y temores, en la que no hay posibilidades para todos. Un discurso que opera sistemáticamente construyendo, en definitiva, un sentido común que se impone socialmente hasta instalarse con total naturalidad y donde los individuos lo adquieren como propio.

Muchos individuos que no forman parte del sistema (y que por lo tanto “no sirven”, según el sentido común hegemónico), no sólo se encuentran sin posibilidad de acceder a los derechos humanos esenciales por falta de empleo y oportunidades, por falta de recursos económicos, sanitarios y de formación integral, por falta de contención, problemas de adicciones, o porque en muchos casos ya pertenecían a un contexto familiar muchas veces violento y precario de recursos que ante esa misma escasez de herramientas sólo terminan repitiendo sus historias. Esos factores son determinantes de cara a sus posibilidades, y son en gran medida producto de políticas sociales de ajuste, signadas por la desigualdad y el desamparo de un Estado, de mínima, ausente o inepto para lograr políticas de inclusión eficientes, y muchas veces cómplice necesario de la reproducción sistemática del mencionado sentido común construido. Pero esta realidad vulnerable y marginal se ve agravada y acentuada por un factor quizá más cruel por parte del discurso hegemónico, y es justamente que esos sectores postergados no tengan siquiera voz, que estén apartados del debate social, de un pedido de justicia, de dar a conocer su realidad, de compartir sus

valores, dificultades, sus habilidades, su pensamiento o simplemente que puedan expresarse. No tienen esa posibilidad. Mejor dicho, no se la conceden.

Cuando hablamos de marginalidad, entonces, debemos hablar de hegemonía como un factor clave que al mismo acto de focalizar aquellas ideas y valores imperantes que tienden a sugerir un modelo de sociedad, está dejando de lado otras realidades y otros actores sociales que no forman parte de la discusión social ni del más remoto protagonismo. Están en la penumbra, apartados y fuera de esa luz dirigida.

Dicho esto, es menester remarcar que dicha influencia social y cultural por parte de los discursos hegemónicos se logra operando sistemáticamente desde una construcción, una trama, una ficción. Es decir que aquello que circula en la sociedad, que incluye qué temas y actores deben ponerse en primer plano y cuáles deben mantenerse apartados e invisibilizados bajo la alfombra, forman parte de la misma ficción ya naturalizada social y culturalmente.

Más allá del marco teórico que acompaña y sostiene este trabajo, el insumo fundamental de nuestra producción para reflexionar sobre las matrices de lo marginal, sobre la conformación de su identidad y acercarnos, de alguna manera, a los sectores vulnerables, es la propia ficción. *Bajo la alfombra* propone señalar y dar luz a aquellos protagonistas y grupos que los discursos hegemónicos empeñan en mantener silenciados y oprimidos, acaso como algo descartable y despreciable. Ese es el sentido común, esa es la construcción que socialmente se instala, circula, se reproduce y se naturaliza.

Es decir que desde la propia ficción -aunque otro tipo de ficción- es que humildemente, desde una esquina pequeña de la contrahegemonía, invitamos a levantar y sacudir figurativamente esa alfombra opresiva para revisar, en definitiva, qué sentidos, configuraciones y escenarios posibles podrían aparecer si visibilizamos y le damos voz a

quienes no la tienen. ¿Qué pasaría con aquellos discursos contruídos? ¿Qué sucede con los personajes que ahora, en las historias, son interpelados por haber naturalizado sentidos ajenos y estigmatizantes?

Por eso resulta indispensable ahondar en el concepto de hegemonía para comprender los alcances de la comunicación –en este caso desde un discurso contruído, o sea, una ficción- para comprender cómo opera en la opinión pública y en la conformación identitaria de una sociedad que, al no tener otros discursos tan influyentes que intenten al menos revisar aquel discurso dominante, ya instalado, sólo se disponen a hacerlo circular, a reproducirlo; o sea, a incorporarlo como si fuera objetivo y real.

Contexto socio-económico nacional en que se realizó la producción

Al momento de pensar los primeros bocetos del Trabajo Integrador Final, a fines de 2017, Argentina se encontraba transitando la mitad del mandato macrista. Habían pasado dos años arduos, signados por la pérdida de soberanía económica y por un fuerte ajuste fiscal sostenido mayormente por la clase media trabajadora. En este sentido, la quita de subsidios y los aumentos inusitados de las tarifas que se dispararon por parte de las empresas de servicios de luz, gas y agua, especialmente, derivaron en una pérdida del valor adquisitivo de los trabajadores, o en muchos casos generaban la pérdida del empleo.

Al mismo tiempo, el gobierno macrista -en total coherencia con las típicas recetas neoliberales- se destacó en otras políticas que tienden a recortar el gasto público que incluyó el debilitamiento marcado en el sistema de salud y su posterior disolución como ministerio. Estas medidas, junto al endeudamiento brutal contraído a raíz del préstamo solicitado al Fondo Monetario Internacional, sumadas a la reducción significativa de la

producción local y el consiguiente debilitamiento del mercado interno, la creciente flexibilización laboral y la posterior devaluación, entre otras políticas, sumergieron a cientos de fábricas, a pequeñas y medianas empresas, y obligaron a que muchos comercios e instituciones que daban asilo a decenas de niños, jóvenes y adultos cerraran sus puertas y los dejaran sin asistencia. Estas y otras políticas llevaron a miles de familias a una profunda vulnerabilidad social y económica, en algunos casos extremos. Este crudo balance se traduce en un fuerte incremento de los índices de desempleo y de pobreza, que acrecientan las situaciones de desigualdad y, por lo tanto, de inseguridad, violencia y marginalidad.

Datos duros, datos fríos

Un parámetro válido para explicar por qué hablamos de vulnerabilidad social, de marginalidad, es la ausencia de oportunidades laborales en nuestro país. Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), al 30 de junio de 2019, el número de desempleados creció hasta 10,6% de la población total. Esta situación, apoyada en las fuertes políticas de ajuste del gobierno macrista, arrastró a millones de personas a la pobreza, índice que alcanzó el 35,4% de los argentinos, según el ente estadístico. Esto representa a 15,9 millones de personas en todo el país, de las cuales 3,8 millones ingresaron entre mediados de 2018 y mediados de 2019. Al mismo tiempo, en ese período también creció el índice de indigentes, que asciende a 7,7%, o sea unas 3,46 millones de personas que no logran cubrir siquiera alguna de las necesidades básicas.

En este sentido, el sector etario más dañado por la pobreza son los menores de 14 años, que entre mediados de 2018 y mediados de 2019 alcanzaron los 3,45 millones de niños, número que representa al 52,6% de la población de aquella franja. Es decir, un vertiginoso

crecimiento del 59,3% con respecto al primer semestre de 2018, sin incluir la devaluación posterior a las Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias (PASO), ocurridas durante el último semestre macrista, índices que todavía no han sido medidos ni actualizados por el INDEC. (información y estadísticas basadas en las publicaciones oficiales del INDEC y del medio digital Infobae).

Roberto Arlt: fiel exponente de una “narrativa marginal”

Un claro referente literario que en su rica producción indagó en el concepto de marginalidad fue Roberto Arlt. A modo de ejemplo podemos destacar “El juguete rabioso”, donde el autor describe cómo llevan el día a día aquellos sujetos sociales que atraviesan penurias y dificultades para sobrevivir, al punto tal que muchos de ellos deben infringir las normas. Esta producción es considerada una de las primeras novelas urbanas argentinas y Arlt narra en primera persona, desde lo más íntimo que surge de las memorias relatadas por su protagonista, envuelto en la miseria y que encuentra sentido, en gran parte, en la interrelación con el “mundo urbano”.

Según señala la escritora Marina Arias en referencia a *Los Lanzallamas*, existe en su narrativa “una trama de sentido que desborda el verosímil realista para dar cuenta de la angustia del hombre contemporáneo”. Al mismo tiempo, los personajes de la narrativa de Arlt, según la autora, “vomitan aquello que la sociedad contemporánea quiere invisibilizar y traman epifanías negativas que después de un instante nos dejan más a oscuras que nunca”. (ARIAS, Marina, 2016).

Es justamente ésta búsqueda de Arlt una especie de soporte literario para rescatar ya que los pequeños mundos marginales que aborda se espejan en el mundo exterior o, como muchas

veces plantea el autor en *El juguete rabioso*, con la sociedad burguesa. “...Es menester saber las miserias de esta vida puerca. Comer el hígado que en la carnicería se pide para el gato y acostarse temprano para no gastar el petróleo de la lámpara”. (ARLT, Roberto, 1926).

Antecedentes narrativos

Desde que la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata permitió la producción literaria como formato de entrega para Trabajos Integradores Finales (TIF) se realizaron diversos trabajos. A continuación se detallan algunos que pueden dialogar con la presente publicación, a partir de conceptos como: ficción, discurso hegemónico e identidad, por ejemplo. Cito a continuación dichas producciones, en orden según la fecha de publicación.

“*Ana escribe la novela de Renzo*”, de Silvana Casali. Esta nouvelle presentada a fines de 2015 en la misma Casa de estudios se trata de una ficción que narra la historia de una estudiante de Periodismo que indaga en su propia identidad a partir de rastrear la vida y obra artística de su tío. La autora utiliza la autoficción como herramienta narrativa y como insumo fundamental para llevar adelante una búsqueda que intenta mantener viva la memoria colectiva, trascendiendo así su objetivo personal de construcción identitaria.

“*Los cuentos de Felipe*”, de Felipe Alonso. Es un libro de cuentos publicado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social en el año 2016 donde se narran mayormente historias vinculadas a Bragado, la localidad bonaerense de la que es oriundo el autor. Los personajes, los vínculos, los empleos y oficios, las aventuras y desventuras que acerca Alonso, grafican cómo es la vida y el sentir del interior bonaerense.

“Montañas azules”, de Anngy Juliana Gómez Nieto es una novela de ficción publicada en 2016 que retoma un hecho histórico –un terremoto en 1999- ocurrido en Colombia, que dejó cifras devastadores respecto a cantidad de víctimas fatales y pérdidas materiales. La autora se propone, desde la ficción, aportar a la memoria colectiva de su país natal narrando cómo vivieron semejante suceso los sujetos de aquel territorio.

“Tripa veintidós: crónicas marginales”, de Giselle Ferreyra. Si bien esta producción publicada en 2017 no entra en la categoría de ficción, cuenta historias de sujetos marginales haciendo foco en aquellos que estén identificados con Gimnasia y Esgrima La Plata. ¿Qué implica ser hinch de Gimnasia para un sujeto marginal? ¿Qué sentidos y valores trazan para delimitar su identidad? El trabajo de investigación y posterior desarrollo de las crónicas dan luz a estos y otros interrogantes y permite aproximarse a realidades mayormente ignoradas y silenciadas, pero todas atravesadas por un mismo denominador común: Gimnasia y Esgrima La Plata.

“Casas, casas, casas”, de Leandro Dlugokinski: Se trata de una novela presentada en 2019 que intenta reflexionar sobre los roles sociales hegemónicos femeninos y masculinos. La producción problematiza el concepto de hogar como institución formativa y se pregunta qué sentidos se reproducen en dirección a la constitución identitaria de los individuos. La ficción sirve de insumo para imaginar distintos procesos de resignificación de aquellos sentidos heredados.

Bibliografía

- Alberca, M. (2007). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid, España: Biblioteca Nueva. Página 205.
- Arias, M. (2016). *Significatividad: trama comunicacional en ficción escrita*. Tesis doctoral en Periodismo y Comunicación. Disponible en <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/56324>
- Arlt, R. (1926). *El juguete rabioso*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Latina.
- Artículo sin autor. *La pobreza subió al 35,4% y ya alcanza a 15,9 millones de argentinos según el Indec*. Infobae. Publicado el 30/09/2019. Recuperado de: <https://www.infobae.com/economia/2019/09/30/la-pobreza-subio-al-354-y-ya-alcanza-a-159-millones-de-argentinos-segun-el-indec/>
- Auyero, J. y Berti, M. (2013). *La violencia en los márgenes: una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires, Argentina: Katz Editores.
- Cortázar, J. (1970). Algunos aspectos del cuento. Revista *Casa de las Américas* (60). La Habana, Cuba.
- Geertz, C. (1999). *Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Editorial Paidós. Página 96.
- de Certeau, M., Giard, L., y Mayol, P. (1999). *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. Ciudad de México, México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Hall, S., y Jefferson, T. (2010). *Resistencia a través de rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la posguerra*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones de Periodismo y

Comunicación (EPC) de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

Huergo, J. (2002). *Hegemonía: un concepto clave para comprender la comunicación*. La Plata, Argentina: Ficha de cátedra de Opinión Pública de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de <https://perio.unlp.edu.ar/sitios/opinionpublica2pd/programa/>

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (2019). *Línea de pobreza*. Recuperado de: <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-4-46-152>

Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Ciudad de México, México: Gustavo Gili S.A. Página 72.

Matza, D. (2014). *Delincuencia y deriva: cómo y por qué algunos jóvenes llegan a quebrantar la ley*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Piglia, R. (2001). *Crítica y ficción*. Buenos Aires, Argentina: Anagrama.

Rockwell, Elsie (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Reguillo Cruz, R. (1991). *En la calle otra vez: las bandas. Identidad urbana y usos de la comunicación*. Ciudad de México, México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESCO).

Williams, R. (1997). *Marxismo y literatura*. Barcelona, España: Península. Pág. 129.